

La Superliga

Roy Berocay, Martín Blasco, Jorge Eslava,
María Inés Falconi, Ricardo Mariño,
Mario Méndez, Rafael Ordóñez,
Silvia Schujer, Ricardo Silva Romero

Ilustraciones de Augusto Spagnolo

loqueleg

Semifinal

Ricardo Silva Romero

Mi papá nunca usaba sus poderes cuando jugábamos fútbol: jamás. Pero yo creo que sí los usó en la semifinal del torneo del Barrio Frailejón. Y mi equipo de fútbol de amigos, que se llamaba “Cosmos” como el Cosmos de Pelé, treinta años después sigue sospechando que ese día fue un milagro. 119

Todo el mundo se acuerda de esto porque fue verdaderamente sucio, verdaderamente raro. Quienes estuvimos allí volvemos a hablarlo cada vez que nos encontramos. Ocurrió en mayo de 1987. Teníamos once o doce años. Y hay que decir que ganamos cada partido de la primera ronda: le metimos tres golazos

de película al arquero gordito del pobre San Ignacio; derrotamos 4-1 al equipo de Calatrava, el conjunto residencial, pues sus defensas tenían altura pero también juego de basquetbolistas; convertimos un 2-0 en un 4-2 en aquel segundo tiempo contra Picapiedras. Vencimos en los octavos de final, por penaltis, a los tramposos y traicioneros y salvajes de Bosque Tamarindo. Aplastamos en los cuartos a los niños buenos de la Fundación Pío XII: “¡Mírame!”, “¡Pásamela!”, “¡Discúlpame!”, gritaban como monaguillos, con cuidado de no molestar a nadie ni en el campo de juego.

Pero vino entonces el tercer sábado de mayo, la semifinal contra los locales: Cosmos versus Frailejón.

Y ese es el partido sangriento del que hablamos los siete siempre que nos encontramos por ahí.

Cuando me desperté ese sábado largo, que a duras penas pude dormir por los nervios, mi papá había dejado todo listo –mi uniforme, mi desayuno, mis botines–, porque si no salíamos media hora antes de lo previsto íbamos a llegar tarde: mi papá veía el futuro. Tomamos la autopista, que en ese entonces decir “autopista” no era un chiste, justo antes de que sucediera el choque que sucedió. Me acuerdo de que él me frunció el ceño y me miró por encima de las gafas porque le dije “vamos a ganar” en vez de decirle “somos invencibles”. Le pregunté “Papá: ¿por qué me hace esa cara?” y no me dijo nada. Llegamos más que a tiempo a la cancha polvorosa en el Barrio Frailejón. Él se hizo en la esquina en la que se hacía siempre como camuflándose, como fingiendo que no era mi única familia, mi padre, mi madre y mi hermano. Y de allí no se movió sino hasta que fue evidente el desastre.

Terminó mal porque comenzó mal. Nuestro equipo fue llegando, pero solo llegaron los gemelos, el Migaja, el Mico, el Negro, el Mueco. Un minuto antes de que el árbitro diera el pitazo inicial –en ese tiempo no había celulares para regañar a los impuntuales y a los vagos– era claro que íbamos a ser un equipo de siete.

¿Dónde estaban los cuatro jugadores que faltaban? Luego supimos que en sus casas, en sus pijamas, disfrutando de *nosequé* regalos que les dieron para que no jugaran, para que nos dejaran plantados, pero en ese momento asumimos que se habían quedado atrapados en el atasco por el choque en la autopista.

Jugamos así: siete visitantes contra once locales. Y jugamos como si fuéramos once hermanos, once Davides contra once Goliates. Qué partido. Qué garra. Corrimos como si fuera un asunto de vida o muerte. El Migaja

les metió miedo un par de veces. El Mueco y el Negro bajaron a defender con los gemelos. Tuvimos la pelota todo el tiempo. Y yo, que era el 10, me dediqué a tocarla, a tratarla bien: tome, deme, vaya.

Nos fuimos 0-0 en el primer tiempo, pero habríamos merecido irnos al vestuario, que era un montecito de pasto allí al lado, con una ventaja memorable.

123

El técnico de ellos, que ellos sí tenían técnico, estaba perdiendo la cabeza: “¡Cobardes!”, les gritó en el entretiempo, “¡mariposos!”. No era fácil para la gente de ese barrio reconocer que siete futbolistas estaban bailando a once en el campo de juego: “¡Ole...!”, “¡ole...!”, gritó el papá del Mico cuando empezó el segundo tiempo. Y sin embargo solo se decidieron por el juego sucio cuando yo vi la oportunidad de lanzarme el balón a mí mismo por la banda derecha, y corrí y corrí y corrí el

último aliento, y llegué solo frente al arquero, pero justo cuando iba a patear se me lanzó al tobillo un quinceañero que tenía bozo. Sonó crac. Sonó ay. Quedé hecho una ruina, el croquis de un crimen, en el área enemiga. Y como el árbitro no quiso pitar el penalti, que penalti es penalti y dos más dos son cuatro, fue evidente que era un árbitro comprado: “vamos a tener que dar por terminado el partido, ¡gana Frailejón a Cosmos por doble u!, porque según la International Board si un equipo juega con seis es como si no hubiera venido”, dijo cuando fue evidente que yo no iba a ser capaz de pararme.

Ese sábado el árbitro se veía bigotudo y maltrecho, pero, pensándolo mejor, pensándolo treinta años después, era solo un muchacho que se había quedado calvo demasiado pronto porque el estrés es el gran peluquero de los jueces centrales. Señaló la mitad del

campo en vez de gritar “fin”. Se aferró a la tarjeta roja, que era la única que había traído, cuando los seis se fueron a reclamarle como si fueran una muchedumbre, y por un momento pareció que el barrio entero iba a desmadrarse. Digo “los seis” porque yo estaba en el piso con la sensación de que el mundo era injusto y la certeza de que el salvaje aquel me había partido la pierna con la que le pego al balón. Digo “por un momento” porque mi papá me curó desde su esquina muda –o eso creo yo– y me paré milagrosamente y hubo que continuar con el juego.

125

Los gemelos dicen que yo hice mi gol, el 1-0, en el último minuto del partido, pero yo tengo la idea de que fue en el 82 o el 83. Tocamos hasta enloquecerlos a pesar de sus patadas y sus zancadillas: tome, deme, vaya. Y hacia el final, en cámara lenta como el Pelé de *Fuga a la victoria*, pude yo gambetear

e irme por la banda izquierda hasta el área de los locales. Y, como el lateral derecho se resbaló por larguirucho y por cansado, me vi solo con el arquero nervioso de ellos y supe amagar que iba a patear al ángulo de arriba y luego patear al ángulo de abajo: ese gol es la escena más importante de mi vida. El árbitro lo invalidó antes de que nos abrazáramos. Gritó un “¡fuera de lugar!” de hombre absurdo



e inútil que no se nos olvida. Y, cuando todos fuimos a reclamarle, dijo la verdad sin rodeos porque mi papá –o eso creo yo, pero cómo más pudo ser– lo obligó a decir la verdad sin levantarse de su asiento: “Es que la gente del barrio me dio una plata”, reconoció encogiéndose de hombros.

127

Y ahí se acabó la cruenta semifinal, porque se metió en un callejón sin salida. Y entonces



el Mico nos confesó que a él también le habían ofrecido un premio si se quedaba en la casa, pero que se negó porque le dio vergüenza perder así. Y todos gritamos “¡viva el Mico!”, “¡viva Cosmos!”.

128 Y yo, que me había quedado paralizado por la situación, salí de mi trance y empecé a gritar “¡goooooooool!” como un poseso, como un líder. Y hasta el día de hoy no sé si fue mi papá, que era mi fan número uno, el que me hizo gritar –tuvo que ser–, pero todos tenemos clarísimo el abrazo de campeones que nos dimos en el borde del terreno. El torneo fue suspendido al día siguiente por la junta avergonzada del barrio. Nadie se quedó con la copa porque no llegó nunca la final. Pero de ahí salimos a celebrar y ese partido de ese sábado ha seguido siendo el partido de la vida de los siete, porque once gigantes no pudieron con nosotros. Y siempre que nos

vemos, que hemos tratado de vernos con la frecuencia con la que se ven los hermanos, volvemos a contárnoslo como si todavía fuera increíble.

Yo a veces quiero decirles “yo creo que mi papá usó ese día unos poderes que tenía”, “yo creo que me curó y que hizo resbalar al lateral”, pero luego recuerdo que mi papá veía los resultados de los partidos antes de que se jugaran y me digo que si hubiera usado sus extraños dones habríamos ganado el partido y el torneo. Y aquí viene el asunto: que no habría tenido gracia.

129





Biografía de los autores



ROY BEROCAY

EQUIPO FAVORITO:

Montevideo Wanderers
Fútbol Club y Uruguay

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Soy uruguayo y soy muy hincha del Wanderers, que es donde jugó Obdulio Varela la mayor parte de su vida. También, obviamente, de la selección. ¡¡¡Me gusta mucho el fútbol!!!



MARTÍN BLASCO

EQUIPO FAVORITO:

Club Atlético
Independiente

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Soy de madera. Mi familia no era futbolera, me di cuenta de que tenía que elegir un cuadro y a los diez me hice de Independiente por Bochini, que en aquellos años la rompía.





JORGE
ESLAVA

EQUIPO FAVORITO:

Club Universitario
de Deportes

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Soy de Perú y, a pesar del nivel de nuestro torneo, sigo semana a semana a mi equipo de toda la vida.

Antes de los partidos importantes voy a dar clase a la universidad con la camiseta de la U, aunque resulte gracioso (o ridículo) para algunos.



MARÍA INÉS
FALCONI

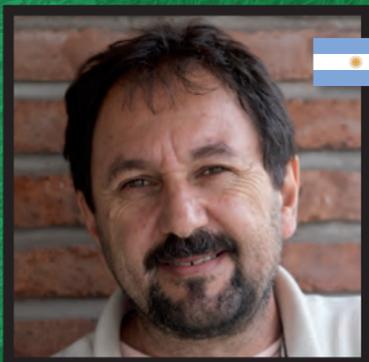
EQUIPO FAVORITO:

Club Atlético
River Plate

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Veo los mundiales y entiendo bastante porque vengo de una familia futbolera. Durante años comí pizza los domingos mirando en familia "Fútbol de primera".





RICARDO MARIÑO

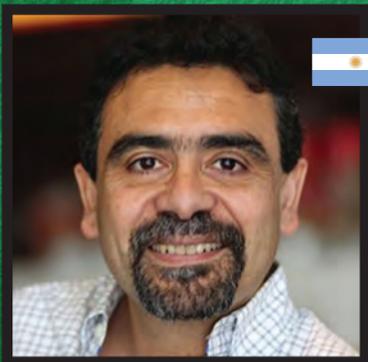
EQUIPO FAVORITO:

Club Atlético
Boca Juniors

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Me gusta el fútbol y aunque nunca fui buen jugador, al menos jugué en las inferiores de un club de Chivilcoy llamado Ciclón. Desde chico seguí y sufrí todos los mundiales.

Actualmente, ante cualquier olvido de mi historia personal, pienso qué mundial se jugó en esa época.



MARIO MÉNDEZ

EQUIPO FAVORITO:

Club Atlético
River Plate

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Llevo a River en la sangre, como mi viejo. Juego al fútbol, mal pero con entusiasmo, desde la niñez.

Y todavía lo hago en el torneo +45 de la UBA. Fui por primera vez a la cancha los 7 años a ver a River, por supuesto.

Nota de color: durante un tiempo fui árbitro en torneos amateurs.



RAFAEL ORDÓÑEZ

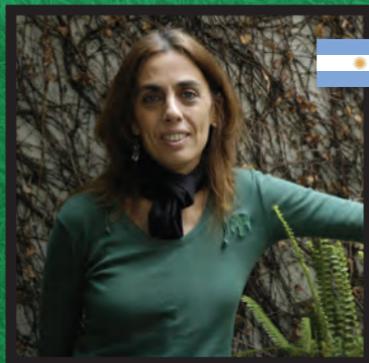
EQUIPO FAVORITO:

Club Atlético
de Madrid

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Soy español y me gusta el fútbol, pero tampoco soy un fanático. Voy alguna vez al campo y veo algunos partidos en la tele, pero siempre con amigos y como motivo de reunión.

En España hay varias rivalidades y la del Atlético de Madrid con el Real Madrid es la que más sigo.



SILVIA SCHUJER

EQUIPO FAVORITO:

Club Atlético
River Plate

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Si lo pienso, el fútbol me parece un deporte fantástico. Sobre todo para los que lo juegan, que no es, ni será mi caso. Mirarlo por tele me duerme. Eso sí, en casa –desde mi viejo hasta mis nietos– somos todos de River. El mundial solo me interesa cuando juega Argentina. En esos partidos, trato de sumar mi entusiasmo.



RICARDO SILVA ROMERO

EQUIPO FAVORITO:

Millonarios
Fútbol Club

ESPÍRITU FUTBOLERO:

Soy de Colombia y siempre he sido de Millonarios, el equipo de Bogotá que acaba de ser campeón. Ya no juego fútbol, porque no tengo con quién, pero jugué hasta que pude. Voy al estadio a veces, pero no tanto como iba cuando era niño. Guardo mil recuerdos de infancia ligados al fútbol.

